

## El último escalón.

Armando Aguilar A.

*En este punto se deshace mi sueño,  
como el agua en el agua.  
J.L. Borges*

Era una mañana radiante de abril a escasos días de haber recibido la siempre esplendorosa primavera. Salimos casi cuando el alba comenzaba a tejer en el cielo sus inescrutables rayos de luz. Íbamos de paseo a un balneario de aguas termales y abordamos, entre risas y bromas, el tren que nos llevaría hasta ese lugar. No había manera de llegar allí, salvo por ese conducto. La emoción y la alegría habían comenzado en nosotros desde la noche anterior, cuando se hicieron todos los preparativos. Nos acostamos temprano, ya que al siguiente día nos levantaríamos casi de madrugada. Sin embargo, estuvimos dando vueltas en la cama; la emoción no nos dejó dormir hasta que, ya avanzada la noche, logramos conciliar un sueño profundo y lleno de inquietantes deseos, de sublimes encantos y de maravillosos proyectos.

Tres familias se habían reunido para hacer posible el paseo, entre ellas la nuestra. En su mayoría, el grupo estaba formado por gente adulta. Únicamente asistiríamos al balneario dos niños, quizás de unos siete u ocho años de edad, y un par de pequeños que no sobrepasaban el año. Por tal razón, los mayores se desvivían en atenciones con nosotros. Así abordamos el tren y disfrutamos del paisaje que nos brindaba la mañana, sin preocuparnos por nada y con el único fin de divertirnos todos. A los niños nos dejaron el lugar de la ventanilla. Mientras los mayores mantenían amenas charlas, nosotros mirábamos cómo pasaban los árboles y postes de luz ante nuestros ojos. Parecía como si ellos fueran los que se movían y no nosotros; o incluso, como si tuvieran vida. En fin, el paisaje lleno de colores era digno de admirarse pero, a pesar de ello, ya queríamos llegar.

Desde la noche anterior lo deseábamos ansiosamente y el campo nos transmitía una extraña dosis de confort, y al mismo tiempo, de energía que almacenábamos para derrochar en las amplias albercas imaginadas. Después de una hora, que parecieron muchas, llegamos a nuestro destino. Nosotros tomamos nuestra maleta y bajamos del tren apresurados. Los mayores nos instaban a que guardáramos la calma, que ya habría tiempo suficiente para disfrutar del paseo. Caminamos durante unos diez minutos por un camino de brecha, escoltado por una larga hilera de árboles no muy grandes, hasta que, por fin llegamos.

Era una hacienda antigua que conservaba, bardeado entre muros un tanto derruidos, un gran estanque de aguas naturales. Con ayuda de nuestros padres nos desvestimos y nos pusimos nuestro calzón de baño. Uno de ellos se metió a la alberca con nosotros, tomándonos de la mano para evitar que saltáramos al agua sin ningún cuidado, y nos dio instrucciones precisas que repitió varias veces para que lográramos entender el posible peligro que correríamos si no seguíamos sus indicaciones.

La alberca estaba dotada por dentro de una pequeña barda que la rodeaba y la distancia entre la orilla y dicha barda era como de unos ochenta centímetros. Además, había amplias escalinatas a un costado. En el primer nivel apenas nos llegaba el agua a las rodillas y era el espacio más grande de los escalones. En el segundo nivel el agua nos cubría hasta la cintura y, en el tercero, nos llegaba hasta la altura del pecho. Hasta allí debíamos llegar para no correr riesgos innecesarios. Entendimos perfectamente las recomendaciones y comenzamos a jugar a lo largo y a lo ancho del primer escalón, siempre bajo la supervisión de uno de los mayores. Había muy poca gente, quizá debido a lo poco accesible que es el lugar, porque, como ya mencioné, sólo por tren se podía llegar.

Así, los mayores se fueron esparciendo alrededor de la alberca, apoyándose en ocasiones en la pequeña barda y, de vez en cuando, atravesando el estanque a nado. Él se divertía chapoteando en las escalinatas, pero tratando de mantenerse alejado de mí. Debido a ello, después de andar detrás de él para que jugáramos juntos, opté por divertirme yo solo. Conforme fue avanzando el tiempo, él comenzó a adquirir habilidades que yo trataba, en ocasiones inútilmente, de imitar. Fue así como perdió el miedo y traspasó el tercer escalón. Primero fue poco a poco: en cortos lapsos se introducía en el cuarto y último nivel y regresaba casi inmediatamente. Yo lo observaba sentado, desde el primer nivel. Después su atrevimiento fue mayor. Ante el asombro y las felicitaciones de los mayores, comenzó a cruzar la alberca por las esquinas. No quise poner más atención en él y me dediqué a jugar, pero ya en el segundo nivel.

A decir verdad, una cierta incomodidad me inquietaba, no sé si por su rechazo o por el simple hecho de no poder hacer lo que él hacía. Aun así traté de distraerme yo solo mientras él cruzaba alegremente las esquinas. Recuerdo que alguien se acercó y me recomendó que yo no tratara de hacer lo mismo, ya que no contaba con la habilidad suficiente para hacerlo. Sentí esa aclaración como un reto, pero el temor impidió que intentara ese tipo de proezas. Él me miraba desde lejos y se reía. Yo ya no quería verlo porque sentía que en su sonrisa había un dejo de burla. El sol caía sobre el estanque casi recto. No había una nube en el cielo, que se reflejaba con un azul profundo sobre el agua del estanque. Eso impedía que a partir del tercer



escalón no se lograra ver el fondo, aunque sabemos que eso siempre es aparente, ya que el agua deforma las dimensiones.

A esa hora los mayores ya no se ocupaban de nosotros y se dedicaban a jugar con una pelota que se aventaban unos a otros por todo el estanque. Yo me entretenía mirando su juego, cuando de repente él volvió a los escalones y comenzó a pasarse del tercer nivel al cuarto, manteniéndose más tiempo en este último. Casi sin darme cuenta, empecé a mirar su hazaña y de pronto me vi en el tercer escalón. No sé cómo había comenzado a perder el miedo, ya que desde el inicio no me había atrevido a bajar a ese nivel. Es así como me acerqué al borde del tercer escalón, estirando el pie derecho para calcular el final, y así estuve en el umbral del cuarto nivel varias veces, tratando de convencerme que quizá no alcanzaría a cubrirme, ya que, si él se movía sin dificultad entre estos dos, pensaba que yo también podría, porque nuestra estatura era similar.

Fue así como me animé a bajar al cuarto nivel que sería, por unos instantes, mi más infame abismo. Todo sucedió muy rápido; yo luchando intensamente con manos y pies y hundiéndome en el agua irremediamente por pequeños lapsos que para mí fueron eternos. Salía unos instantes y volvía a caer, y en mis salidas buscaba la mirada de alguien que acudiera a mi auxilio, pero sólo encontraba los rostros sonrientes de ellos, que pensaban que estaba jugando. Y él me miraba fijamente y en sus ojos se reflejaba la rivalidad en todo su esplendor. Él había ganado, yo había perdido y me ahogaba despiadadamente. Vi entre mis exiguas salidas que ellos ya no me miraban; vi que lentamente, y uno a uno, salían de la alberca; sentí que el agua comenzaba a llenar mi estómago y me hacía cada vez más pesado.

Solté mi cuerpo, inmovilicé mis manos y mis piernas, y me encomendé finalmente a todos los santos. Fui descendiendo hasta tocar el fondo y estuve allí no sé cuánto tiempo. De repente una corriente me impulsó hacia la superficie. Mis manos tocaron el tercer escalón, mis pulmones se llenaron de aire, y a pesar de ello creí estar muerto. Como pude llegué al primer escalón y allí me senté sin ver, ni oír, ni pensar en nada. Cuando quise hablar volví a sentir que estaba muerto. Hablaba pero no escuchaba mi voz. Miraba pero todo lo veía como entre sueños. Percibía las imágenes como si estuvieran sobrepuestas. Así vi cómo ellos se fueron marchando.

Me dejaron solo. Yo estaba, o creía estar envuelto en una toalla, agazapado en cuclillas en un rincón. Apoyaba mi espalda en uno de los muros derruidos por el tiempo. Ya no había nadie. Las aguas de la alberca se mecían apacibles con el viento. Salí al camino pero no lo encontré: ya no había árboles, ni



camino. Busqué en todas direcciones queriendo encontrar las vías del tren, pero tampoco estaban. Hubiera querido gritar pero mi voz se fue ahogando lentamente en el vacío. Traje a mi mente el mañana y todo se resquebrajó como un espejo roto en mil pedazos.

**Fin**